

# LOS NEGROS ROJOS



Manuel  
Formoso  
Herrera

La intolerancia, por paradjico que parezca, es una forma del amor. Quizás la más irritante y peligrosa que exista, pero amor al fin y al cabo.

El maestro que instruye rigidamente al discípulo, el padre que somete al hijo y en general, el hombre que intenta dominar al hombre, lo hacen para obligarlos a ser igual que ellos y lo hacen por amor. Creen así salvarlos, llevándolos al buen camino, porque se consideran los únicos justos. Pero se equivocan porque la salvación es un negocio particular, propio de cada ser. Cada uno debe de salvarse a sí mismo, aquí en la tierra o en la vida, futura, según se quiera entender. Se equivocan también en la forma q' le dan a su amor, porque lo hacen infecundo. La mejor forma del amor es la del sacrificio y entrega al ser que se ama, respetándolo sobre todo en su esencial calidad de existir como el otro, a quien yo puedo amar.

La intolerancia es un personaje que ha estado casi siempre presente en la historia de los hombres. En algunas épocas se hace más fuerte, y sus efectos perniciosos son más visibles. Las causas que la producen varían y así hay intolerancias muy diversas.

En la Edad Media, los hombres vivieron formando lo que se llamó "la república cristiana", sometidos a dos potestades: una espiritual, la de la Iglesia, otra temporal la del Imperio. Estas dos potestades de vocación universal pretendieron dominar al mundo occidental. Con la llegada del Renacimiento, el esquema no resiste más y estalla. La Reforma Religiosa y el nacimiento del estado moderno, ponen fin a las pretensiones de dominación universal, tanto en lo espiritual como en lo temporal.

En algunos países la Reforma no trae serios problemas religiosos porque, bien sea católicos o protestantes, una de las dos fuerzas domina. En España, no hay campo para la minoría reformista. En los

países del norte, los papistas quedan excluidos. Pero en otros lugares, como por ejemplo en Francia, las fuerzas están más o menos equilibradas y la nación permanecerá dolorosamente fragmentada en dos grandes grupos opuestos. Por un lado católicos, por el otro hugonotes.

Todo el siglo XVI, es un siglo de luchas religiosas en Francia. Los hombres no pueden tolerar que exista otra idea de Dios que la que ellos tienen. Los excesos se suceden de uno y otro lado. Una noche, después del matrimonio de Enrique III de Navarra protestante, con Margarita de Francia, católica, se produce una de las mayores carnicerías que los hombres han hecho, por su falta de respeto al semejante. Aprovechando la presencia en París de los más destacados dirigentes protestantes, venidos con motivo de la boda real, un grupo de extremistas católicos intentan eliminar el problema religioso, enviando al infierno a todos aquellos que no quieran aceptar su cielo. Se calcula que alrededor de 40.000 personas, perecieron desolladas en la tristemente célebre noche de San Bartolomé.

En nuestros días la tolerancia religiosa no ofrece serios problemas en los países occidentales, salvo en España donde las Cortes el año pasado, todavía estaban discutiendo la ley de libertad de culto.

Pero otro tipo de intolerancia se ha sustituido a la religiosa. Es la intolerancia política. Si los hombres ya no se matan por la idea que de Dios tengan, los hombres se siguen matando por la idea que del estado o de la política tienen.

Uno de los momentos en que la intolerancia política alcanzó su más alto grado, fue en los años siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial. La humanidad se dividió en dos bandos y una nueva guerra se inició, "la guerra fría". Para nosotros occidentales, los marxistas adquirieron la categoría de demonios malditos y su exterminio sólo podía merecer la recompensa divina. Para los hombres situados al otro lado del Telón de Acero, los capitalistas y todos los que de alguna manera contribuimos a mantener el sistema, nos convertimos en unos viles explotadores, a los cuales hay

que combatir a sangre y fuego.

Por fortuna esta manera de ver las cosas ha ido cambiando. Se puede decir que en Europa fue en donde primero terminó la guerra fría. Estimo yo que el cambio ha sido obra sobre todo, de un gran estadista, personaje singular que en estos momentos tiene serios problemas en su patria. El general De Gaulle, fue el primero en mirar hacia los montes Urales, sin odio y con la serena actitud que acompaña a quien sabe que va a tratar con hombres, de creencias muy diferentes es cierto, pero hombres al fin y al cabo y no demonios malditos.

Este cambio de actitud ha favorecido un proceso que se ha ido comunicando lentamente al resto del mundo. Sus efectos benéficos se han manifestando en uno y otro lado. El bloque comunista ha perdido su carácter monolítico y al marxismo de una nación, el de la Unión Soviética, se ha sucedido el marxismo de las naciones, con la presencia desde hace unos años de Tito en Yugoslavia y con la aparición de nuevas posiciones en Checoslovaquia, Rumania y hasta si se quiere en Polonia.

En Costa Rica todavía tenemos restos de esta guerra fría. Somos intolerantes frente a quienes no piensan políticamente como nosotros. Nuestra intolerancia nos ha llevado a prohibir a los costarricenses de ideas marxistas, el funcionamiento como partido político. Esta intolerancia se encuentra consagrada en el párrafo 2º del artículo 93 de la Constitución. Mientras este párrafo tenga vigencia, no nos engañemos, Costa Rica no será una democracia y tendremos dos clases de ciudadanos, al igual que sucede en Africa del Sur, en donde por otra causa de intolerancia como es el color de la piel, los blancos tienen la plenitud de derechos y los negros, sólo, una parte de ellos.

Mientras en Costa Rica se mantenga la prohibición constitucional mencionada, tendremos también dos clases de ciudadanos; una, la de los blancos con todos los derechos. Otra, la de los "negros rojos", sólo con una parte, porque están desprovistos de los derechos políticos.